

FRANCISCO GRANDMONTAGNE

NOVENTAYOCHISTA BURGALÉS

Recientes trabajos de algunos estudiosos (J. M. Martínez Cachero, «Andrés González Blanco, una vida para la literatura», 1963; D. Paniagua, «Revistas culturales contemporáneas. De «Germinal» a «Prometeo», 1964; G. Sobejano, «Nietzsche en España», 1967; C. de Zulueta, «Navarro Ledesma», 1968...) van preparando el camino para una reconstrucción crítica más completa y elaborada, y por tanto más científica, del esqueleto de la cultura española en los momentos finiseculares, sobre los que queda aún tanto por conocer y por estudiar. Conceptos historiográficos aparentemente tan incontrovertibles como el de **generación** precisan de bases de planteamiento diferentes de las que partieron los cultivadores alemanes de la «ciencia de la literatura»; hechos estéticos y artísticos de la sensibilidad «fin de siglo» (modernismo, art nouveau, primeras manifestaciones de los **ismos** plásticos) exigen nuevos enfoques desatendidos por la crítica canonizada; y, en el plano de los datos concretos, sobre todo, muchos de los acontecimientos culturales de la época —hasta hoy desatendidos— reclaman su relieve en el alzado de la **vera** **efigies** de la historia de la cultura española en aquellos momentos de crisis nacional. Escritores que en aquellos momentos gozaron de una audiencia relevante se lucran hoy de un olvido casi total, apenas si son un nombre en los grandes repertorios —bibliografías, historias o estudios de conjunto— o causa de emotivas conmemoraciones, beneméritas en su forma pero infecundas en sus resultados.

Esta es la situación del burgalés Francisco Grandmontagne, miembro notable de los escritores aledaños a la llamada generación del 98, cuyo centenario ha sido celebrado el año 1966 —de lo que dan cumplida fe las páginas de este «Boletín»— pero del que el gran público, e incluso los especialistas, siguen

ignorándolo casi todo. Se ha convertido en tópico el citar a Grandmontagne como el «olvidado escritor vasco-argentino —«burgalés» para los más avisados— y como destinatario del hermoso poema de Antonio Machado «En la fiesta de Grandmontagne». «Casi nadie se ha ocupado de este interesante escritor, paralelo —en vida y en ideas— a los grandes escritores del 98», dice Sebastián de la Nuez en obra muy reciente. Y Valbuena Prat, que le había ignorado en su conocidísima «Historia de la Literatura española», acaba de dedicarle una brillante página penetrada de inteligencia y devoción por su obra. Valbuena concluye diciendo de ésta que «merecería reimprimirse, pues es difícil hallarla incluso en las bibliotecas más completas».

Resulta injusto para el autor y grave para los estudios literarios este «olvido» que con unanimidad se detecta y al que nadie hasta ahora ha procurado poner fin con un pormenorizado estudio biográfico y estilístico. Pasados 33 años de su muerte puede considerarse distancia suficiente para trazar un primer balance de su vida y de su obra.

La tarea encierra sus dificultades, y no vienen motivadas éstas, precisamente, por la inactualidad del pensamiento de Grandmontagne o por la falta de interés de un estilo caduco y aventajado al modo de un González Blanco, pues, prescindiendo de ciertas maneras estilísticas ya superadas, «su magnífico español» resuena aún hoy con la frescura y con la fuerza con que fue paladeado por los lectores de sus crónicas periodísticas. Las dificultades provienen de otros motivos; en primer lugar, del mortecino panteón de los tópicos a que ha sido desterrado nuestro autor por obra del tiempo y de los estudiosos de la literatura de principios de siglo (¡cuántas figuras de la época quedan por redescubrir!, ¡cuántos valiosos trabajos volanderos perdidos en folletos, libros raros y publicaciones periódicas están clamando por una exhumación y una revaloración!).

La casa editorial Aguilar ha puesto en el mercado dos libros de Grandmontagne que son prácticamente lo único que el lector curioso puede hoy conocer del escritor burgalés. Y de ellos, la edición prologada por el académico argentino Sáenz Hayes representa el esfuerzo más estimable en orden a la revaloración y conocimiento de Grandmontagne. Consta este libro de cincuenta y nueve trabajos periodísticos publicados en Argentina y España —«La Prensa», «El Sol», «La Voz», «El Pueblo Vasco» de San Sebastián— entre 1920 y 1935. Todos ellos inteligentes, ágiles y densos de contenido y de erudición. Esta antología no es sino una parte mínima de la producción total del autor. Sin haberme atendido a un plan de búsqueda sistemática,

he podido encontrar diecinueve trabajos más que se dan en el apéndice bibliográfico; estoy convencido que todos ellos siguen siendo una muestra menor de la obra magna de Francisco Grandmontagne. Ahora bien, las dificultades para el conocimiento de nuestro autor se acrecientan con el hecho de que los momentos literariamente más fecundos de su existencia los vive en la gran capital de La Argentina, allí dirige revistas —«La Vasconia»—, escribe en periódicos —«La Prensa», «La Nación», «El País», «Caras y Caretas»—, publica libros y folletos; muchos de estos trabajos son de difícil acceso en esta ribera del Atlántico; varias fichas bibliográficas que van al final de este trabajo son referencias de segunda mano, porque no he podido localizar las obras originales en las bibliotecas consultadas. De esta carencia de datos fundamentales adolecen estas líneas, que aunque pretendan ser una aproximación al autor y su obra no son —ni deben ser— sino las últimas en un orden axiológico y cronológico, de cara a futuras investigaciones.

DATOS BIOGRAFICOS

La publicación de su partida de bautismo nos ha dado la fecha exacta de su nacimiento (1) —30-IX-1866— que se había situado en primero de octubre de 1866 ((2). No se encuentran en la obra de Grandmontagne referencias explícitas al pueblo que le vio nacer —Barbadillo de Herreros—, pero sí hay una profunda resonancia del paisaje y la región en que vivió sus años primeros. Teodoro Foronda, héroe de la novela del mismo título, el muchacho «pinariago» de «complexión de montañés, fornida y vigorosa» conoce muy bien, y los vulgarismos de su lenguaje lo delatan, las tierras del Sureste de la provincia de Burgos, las tierras cercanas al Pinar de Soria. En un artículo del año 27, escrito en Burgos, probablemente, recuerda el pueblo de su nacimiento con estas palabras: «Mi aldea natal está a veinticinco leguas de aquí (Burgos), al pie de la Demanda. Y la gente de mi pueblo no era tan esria como usted dice» («Los ingleses en Castilla»).

De la tripleta conceptual que Hipólito Taine aplicaba a la explicación de los hechos literarios, la raza tiene una honda

(1) Ver «Boletín de la Institución Fernán González», número 166, 1966, página 202.

(2) Véase la «Nota biográfica del autor» en *Una gran potencia en esbozo*, Buenos Aires, Institución Cultural Argentina, serie española de validación argentina, 1943; es éste un volumen conmemorativo en que se incluye, junto con el folleto que le da título, ocho capítulos de *Los inmigrantes prósperos* y los seis primeros de *Teodoro Foronda*.

penetración en la obra de Grandmontagne. Su origen vasco-francés figura siempre como médula de sus recuerdos infantiles o de sus evocaciones familiares. Su padre era «un pobre gascón de éstos que ganan su vida en amolar tijeras y cuchillos» (son palabras de Tirso en «Los cigarrales de Toledo», que cuadran acertadamente para la identificación del padre de nuestro autor-escritor). El recuerdo del padre en la madurez del escritor, ante la vista de una fragua en Vera de Bidasoa, trae a su pluma estas palabras machadianas: «Un obrero, emigrante francés, procedente de las fraguas de Olorón, empezó a labrar hierro español. Era mi padre..., y al evocar el recuerdo del emigrante bearnés en la tierras de la Navarra española, atribuyo a las virtudes de fortaleza y bondad que transmitió aquel obrero, domador del hierro, las aptitudes de luchador para, emigrante como él a mi vez, lograr un puesto modesto, pero bien ganado, en las duras luchas por la doble conquista del pan del estómago y del pan del espíritu» (3).

De su madre ha bebido sus conocimientos de la lengua vascongada y la devoción por la significación de lo euskárico: «yo sólo conozco un poco el guipuzcoano, primera lengua que oí en la cuna, de labios de mi madre» (en «Babelais y el vascuence»). Y de infancia en Fuenterrabia perduran en su memoria el perfil de dos personas de significación literaria; uno, su tío, el poeta vasco Claudio Otaegui; otro, el gran patriarca del romanticismo francés —amigo de su tío— Víctor Hugo. (Ver «Victor Hugo entre los vascos».)

Sabida es su juvenil llegada a la Argentina, de la que, aparte otras evocaciones, nos ha dejado una recreación literaria en los primeros capítulos de **Teodoro Foronda**, aunque el «pasajero sin equipaje» alcanza los doce o catorce años, mientras que nuestro escritor sumaba ya la veintena en el momento de su llegada a Buenos Aires. La inexactitud de los datos que poseemos sobre Grandmontagne vuelve a plantearse a la hora de precisar el año de su desembarco en Buenos Aires. Sáenz Hayes, en el estudio preliminar de «Páginas escogidas», anota el año 1886, fecha que aparece confirmada en un texto del propio escritor: «ya llegamos los del pasaje subsidiario, llegamos, porque fui uno de ellos, el año 86; del «Equateur», en la rada, a un vaporcito; del vaporcito a un lanchón de Gardella; del lanchón a un carro, que se hundía en el légamo, y al fin, por los arcos de la Aduana vieja, heme, pequeño y desvalido, en la plaza Victoria»

(3) En *Paisajes de España. Galicia y Navarra*, Buenos Aires, 1922, (página 74).

(en «Martín Fierro, civilizador», artículo de 1934). Ahora bien, esta fecha —1886— ha sido corregida en un texto anterior de Grandmontagne («Origen del progreso argentino. Una gran potencia en esbozo», 1928); en el primer trabajo incluido en este folleto, publicado previamente como serie de artículos de folletó en «El Sol», de Madrid, escribe el autor: «cuando llegué por vez primera a Buenos Aires (año 1887)..., el país apenas pasaba de tres millones de habitantes». Y apoyándose probablemente en este dato, la «nota biográfica» que precede a la edición conmemorativa de «Una gran potencia en esbozo» (1943) da como fecha de su llegada la del año 1887. ¿Cuál resulta ser la fecha real? No podemos inclinarnos por ninguna de las dos mientras una investigación documental —como en el caso de la partida de bautismo— no nos depare una fidedigna datación. Es éste un escollo más, entre otros muchos, con que han de toparse los estudiosos del escritor burgalés.

También resulta conocido el esfuerzo de **self-made-man** que Grandmontagne hubo de realizar en Argentina. La lista de sus actividades manuales —«recadero, cavador, peón de chacra, factor de comercio, empleado de pulpería»— es otro tópico repetido como una letanía en las cuatro líneas con que despachan a nuestro autor los que hemos llamado grandes repertorios. Ciertamente que estos trabajos son más difíciles de justificar documentalmente que la fecha de su nacimiento o de su llegada a la Argentina; con todo, el lector atento puede ir desentrañando entre las muchas líneas autobiográficas que el autor iba deslizando en sus trabajos periodísticos, los ecos de sus primeras vivencias, de sus primeros «trabajos y días» en la tierra porteña. «Los inmigrantes prósperos», que se estudiará más adelante, se encuentra penetrada en su línea medular por la profunda resonancia que el duro hecho de la emigración ha producido en Grandmontagne; «por el año 1888 era yo dependiente de una casa de comercio establecida en pleno campo, lejos de todo poblado, en un estratégico cruce de caminos sobre los confines de la provincia de Buenos Aires y la Pampa (...) el año 1879, conocí en Buenos Aires a la mujer del bardo (Iparraguirre) (...) el autor de estas líneas vivía casi a la intemperie, en un cuarto, zaquizamí o cuchitril, situado en el fondo de un **convento** (casa de vecindad) en la calle de Rivadavia, frente al mercado y plaza de Lorea». El capítulo más importante de este libro en el orden de la biografía literaria de nuestro autor es el titulado «Cómo era Miguel Cané», sobre el generoso periodista argentino que le inició en la vida periodística; aquí Grandmontagne, además de narrar con la gracia y espontaneidad peculiares de su estilo la anécdota concreta que le puso en rela-

ción con Cané, pergeña el horizonte de sus primeras lecturas y preocupaciones literarias: «leía sin descanso ni orden el tiempo que me dejaban los afanes más urgentes de ganarme la vida. No perdía uno solo de los trabajos periodísticos que publicaban los escritores en boga: Lucio López, Groussac, el general Mansilla, García Meróu, Ramos Mejía y otros no menos brillantes. Pero mi autor favorito en aquellos años de mocedad era Miguel Cané». Así pues, según lo reconoce él mismo, se embarcó en la aventura periodística bajo el signo de Miguel Cané (4); pero el ingreso en el ámbito literario hispánico lo logrará gracias al espaldarazo definitivo que recibe —ya se ha recordado en otras ocasiones— por los críticos españoles, Valera, Jacinto Octavio Picón, Navarro Ledesma, Unamuno. Don Juan Valera dedica un artículo crítico (reproducido más tarde en «Ecos argentinos») a «Teodoro Foronda» (publicado en «El Correo de España» de Buenos Aires; 18-IV-1897). En este trabajo del crítico español que más laboró por el conocimiento de la literatura hispano-americano en la España fin de siglo, se perfilan las calidades ecléticas del novelista egabrense; por un lado, confiesa una profunda confianza en los valores narrativos latentes en la obra de Grandmontagne; por otra, denuncia el pesimismo del autor y su tendenciosidad de corte naturalista: «...el defecto (que) tiene la novela del señor Grandmontagne va ya expresado en su segundo título «Evoluciones de la sociedad argentina». Cualquiera, al leer este segundo título, puede equivocarse e imaginar que va a leer, no un cuento, sino un libro de política o de lo que con vocablo híbrido y feo llaman ahora sociología (...) invencible (es la) inclinación del autor a ennegrecer demasiado sus cuadros. El señor Grandmontagne exagera no poco en este punto (el lenguaje de la **high-life**), por el exagerado propósito de copiarlo todo de la naturaleza con exactitud fotográfica y fonográfica». Un resumen de las ideas críticas expuestas por Valera en este artículo podemos encontrar en las escasas líneas que se dedican a Grandmontagne en el benemérito centón de Cejador («Historia de la lengua y literatura castellana», tomo XI, pág. 162): «Francisco Grandmontagne, burgalés (?), excelente pensador, publicó «Teodoro Foronda. Evoluciones de la sociedad argentina», 2 vols., 1897, novela docente o tendenciosa, pesimista y de mal humor satírico; pero que prueba tener su autor gran talento aun para la novela».

(4) «Su protección fue efectiva. Y tuvo para mí la forma más halagadora. En sus conversaciones con los directores de los diarios y revistas, hacía siempre de mis articulejos los comentarios más favorables. Su gran autoridad literaria me sirvió de amparo constante en aquellos duros tiempos.»

Los elogios de Unamuno (Crítica a «Vivos, tilingos y locos lindos», por Francisco Grandmontagne, uBenos Aires, 1901, en «La Lectura», año II, 1902, tomo I, págs. 125-129) son el tributo rendido a un autor en el cenit de su proceso creador: «éste es el libro moderno de más enjundia y meollo que he recibido de América» (5). Don Miguel en su aquilina percepción crítica intuye la evolución estilística de Grandmontagne: «parece que a medida que ha ido reduciendo el espacio material que sus producciones ocupan, ha ido espesando su espacio espiritual; nadie diría que el autor de aquellas tiradas de «Teodoro Foronda» sea el de las frases densísimas y preñadas de ideas del estudio sobre los vivos, de estas frases de que el contenido ideal rebosa».

La prolijidad narrativa, el realismo magnetofónico que Unamuno y Valera, respectivamente, detectaban en «Teodoro Foronda» tienen una fácil explicación genético. «Teodoro Foronda, primera obra extensa del autor —piénsese en el alto grado de imprecisión expresiva que toda primicia literaria suele conllevar— se inscribe cronológica y sociológicamente en el ámbito de la novela naturalista de corte hispánico, en la etapa más —lo diremos con epíteto de los jóvenes noventayochistas— «garbancera» de Pérez Galdós, por quien Grandmontagne manifestó durante toda su vida una profunda admiración y, singularmente, durante los primeros años de sus actividades literarias.

Las cartas de Grandmontagne a Galdós (6) testimonian el respeto cordial por el maestro indiscutido y, también, la inquietud ideológica del intelectual español **transterrado** a otros confines, pero que no ha vuelto la espalda a los problemas de su patria original. En una de las cartas escribe a Galdós lo siguiente: «mi amigo es portador de un drama mío, «El Avión», para la compañía de Díaz de Mendoza. Allá veremos lo que sale; digo en él alguna verdades de grueso calibre que no sé cómo caerán ahí. Mi obra quiere sintetizar la lucha entre el catolicismo español (militante en política) y la revolución económica del mundo y, especialmente, del Norte de España. En suma: el carlista frente a la transformación de la industria vascongada,

(5) Hacia 1899, Grandmontagne realiza una meritoria labor en Argentina como propagador de la joven literatura española de aquellos años. Véase RAFAEL PÉREZ DE LA DEHESA, *Editoriales e ingresos literarios a principios de siglo*, en «Revista de Occidente», núm. 71, febrero 1969, páginas 217-228.

(6) Ver el artículo de Grandmontagne *Galdós dramaturgo*, en «Electra» (núm. 4; 6-IV-1901) y las cartas reproducidas por SEBASTIÁN DE LA NUEZ y JOSÉ SCHRAIBMAN en *Cartas del Archivo de Pérez Galdós*, Madrid, Taurus, 1967, 381 págs.

o sea, el paso de la ferrería antigua a la fábrica... Ya sabe usted que el avión es una máquina de volar; cuando por cualquier accidente cae a la tierra es pájaro muerto que no puede levantarse. El simbolo de toda la obra consiste en esto, en que las evoluciones industriales y económicas le han obligado a descender a la tierra, a la realidad. ¿Se levantará? ¿Podrá buscar altura para orientarse de nuevo? No se imagina usted cuánto he pensado en esto. En la técnica me he sometido, aunque de mala gana, a los cánones teatrales...». (Buenos Aires, 12 junio, 1902). Es importante subrayar esta fecha para el esclarecimiento de otro dato biográfico que hasta ahora no parece muy seguro y sobre el que ofrecemos aquí testimonios concluyentes. Se trata de la fecha de su primer viaje a España en calidad de periodista y en función de corresponsal de «La Prensa» de Buenos Aires, diario a cuya redacción se incorporó en 1902 (según Sáenz Hayes).

Noticia repetida en textos cercanos a nosotros y que, por otra parte, no ofrecen una apoyatura documental sobre esta circunstancia es el que Grandmontagne llega a España en 1902; es afirmación de F. S. F., en la nota preliminar de la edición de 1959 de «Los inmigrantes prósperos», de Alejandro Manzanares y de Angel Valbuena. Nosotros preferimos inclinarnos por el año 1903, apoyándonos no sólo en la adelantada fecha del año 1902 en que firma la carta anterior en Buenos Aires sino en otros textos coetáneos al viaje del escritor burgalés.

Ossorio y Bernard⁽⁷⁾ escribe en 1903 sobre Francisco Grandmontagne: «en 1903 regresó a España, comisionado por la Asociación Patriótica de Buenos Aires, para hacer propaganda en favor de la armonía comercial entre ambos países y sustituir al fallecido Núñez de Arce (fallecido el 9 de junio de 1903) como corresponsal político y literario de «La Prensa» de aquella capital».

El diario «ABC» de 1-IX-1903 publica una fotografía de nuestro escritor y una elogiosa gacetilla que reproducimos en casi su integridad:

«Así como en Francia se dice que el bastón de mariscal está más allá del Rhin para el que quiere ir a ganarle, para Grandmontagne el tercer entorchado, con el que regresa a España, estaba allende los mares. En buena lid lo ha ganado, anotando en su hoja de servicio victorias muy hermosas que se llaman «La Maldonada», «Teodoro Foronda» y «Vivas, tilingos y locos

(7) M. OSSORIO Y BERNARD, *Ensayo de un Catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*, Madrid, 1903, 508 págs., a dos colores.

lindos», amén de mil artículos que vieron la luz en la Prensa sudamericana. Los honores que se le tributan han sido ganados legitimamente.

Viene comisionado por la Asociación Patriótica Española para dar en España conferencias sobre cuestiones económicas, arancelarias; para ver si queremos abrir los ojos de una vez en asuntos comerciales, como los han abierto otras naciones que nos arrebatan los mercados, Italia y Alemania, por ejemplo. Viene también —estamos en el secreto— no pudiendo resistir a la nostalgia de su patria, de la que marchó muy joven, habiéndola rendido a toda hora ese amor de los niños a su madre, que es el más grande y puro de todos los amores. Viene a ver qué ha sido de un drama que escribió para la Guerrero y Mendoza, que allá en la Argentina le rogaron con insistencia que escribiese, y que Grandmontagne escribió, y remitió ahora hace un año, sin que hasta la fecha, que nosotros sepamos al menos, conozca la suerte de su libro, que a lo sumo ha debido ser leído por los mencionados actores y por el ilustre Pérez Galdós, amigo muy sincero de Grandmontagne. Viene..., pero ya iremos viendo a lo que viene, porque hombre de su valor no puede limitarse a hablar de aranceles, de fletes y de alubias con ser cosa ésta tan interesante para España. Entretanto, dámosle la bienvenida más sincera y cariñosa.»

Los motivos publicitarios y el encargo de «relaciones públicas» que Grandmontagne ha recibido de la Asociación Patriótica tienen realización en una conferencia pronunciada en Bilbao —repárese en la significación económica y comercial de la ciudad vascongada—. La conferencia de Grandmontagne resultó una provocación al auditorio que le escuchaba, al menos esa sensación parece sugerir un anónimo corresponsal del periódico madrileño «El Imparcial» (19-XI-1903): «...en vez de explicar su anunciado tema sobre las relaciones comerciales entre España y América, se ha dedicado a atacar los defectos del carácter español..., al partido carlista..., y para tratar de los ideales religiosos ha usado de ataques violentos..., ha expuesto en términos vulgares los defectos de los productores españoles que se oponen a conceder crédito a los comerciantes americanos, dificultando la exportación, añadiendo que España ha exportado sólo soldados..., censuró los aranceles españoles y la manera de confeccionarlos..., para nuestros cónsules en América ha tenido Grandmontagne sangrientas frases, diciendo que se han dedicado a empresario del género chico y otras apreciaciones no menos molestas». Probablemente el estilo de esta conferencia haya que inscribirlo en el tono del artículo que Grandmontagne había publicado en 1901 en «Nuestro Tiempo»;

en este artículo —«La confraternidad hispano-argentina»— Grandmontagne, después de hacer una breve presentación de su personalidad, incide con talante juvenil y agresivo en temas de rancio cuño «regeneracionista» como son la incapacidad comercial de la Península para la apertura de mercados en el extranjero, el menosprecio del tradicionalismo puramente verbal y retórico o —hecho hoy también denunciado— la denuncia del desconocimiento en que vivían los españoles cultos de la época con relación a la producción literaria hispanoamericana (8). Esta sensibilidad político-técnica que muestra Grandmontagne en sus primeras escaramuzas al regresar a España constituye una constante de su obra, se convierte en uno de los temas medulares en la meditación crítica de nuestro escritor.

El año 1905 deja huellas de la vida de Grandmontagne; el día once de noviembre contrae matrimonio en el Cristo de Leza (Guipúzcoa) (9). De este matrimonio nacerán dos hijos (véase el artículo «Chistularis y Espatadanzaris»). Este mismo año firma con los jóvenes intelectuales españoles —Azorín, Unamuno, Maeztu, los Machado, Baroja y otros muchos— el documento de protesta contra el homenaje tributado a Echegaray; de este documento coinciden en afirmar los críticos que resulta ser la última manifestación colectiva de la llamada «generación del 98» (10). En otra ocasión —1915— interviene públicamente Grandmontagne en compañía de muchos de los firman-

(8) «Necesita España nuevo espíritu, energías más eficaces; una educación más amplia y menos teológica; mayores bríos creadores en su política, en su ciencia, en su industria y comercio..., que se oiga en Europa la voz del progreso peninsular, y entonces hallará esa voz eco de simpatía en América...»

(9) «A don Benito Pérez Galdós. Madrid. (Reverso). Querido maestro: Mañana me caso; no tengo parientes físicos a quienes comunicárselo, y aunque los tuviera, siempre estaría en primer término Vd., mi padre espiritual. Ya he hallado, mi querido D. Benito, los hilos del arraigo definitivo. Ya no seré un alga marina, sino un roble con sus raíces aprisionadas en la terraza de las rocas vascos. Me caso a los pies del Cristo de Lezo, un Cristo de hierro, sacado de las bodegas de un bergantín naufrago. Amo a este Cristo, porque el haber naufragado por andar metido en las aventuras de la navegación, vale más que el haber sido sacrificado por defender los instintos inferiores del hombre que dieron por resultado la moral cristiana. Un Cristo víctima de las olas me parece más grande que el vencido por el sentido de la vida romana. Me voy a Niza, Montecarlo e Italia. Volveré por París. Ya sabe cuánto le quiere y cuánto le admira quien le desea una felicidad constante y una salud eterna. —Grandmontagne. — San Sebastián, 8-905 nbre.» (en SEBASTIÁN DE LA NUEZ..., op. cit., pág. 274).

(10) El texto de la protesta es el siguiente: «Parte de la Prensa inicia la idea de un homenaje a D. José Echegaray, y se abroga la representación de toda la intelectualidad española. Nosotros, con derecho a ser comprendidos en ella —sin discutir ahora la personalidad literaria de D. José Echegaray—, hacemos constar que nuestros ideales artísticos son otros y nuestras admiraciones muy distintas». Ver LUIS GRANJEL, *Panorama de la Generación del 98*, Madrid, Guadarrama, 1959, 535 págs.

tes de esta protesta y otros nuevos; se trata del documento que, durante la primera Guerra Mundial, suscriben los intelectuales «aliadófilos» a favor de las potencias democráticas (11).

Ante la escasez de datos que hemos podido allegar sobre las actividades de Grandmontagne en la década 1910-1920, no podemos precisar con exactitud si durante todos estos años reside en España o en Argentina, o cuántos años vive en un país y en otro. La firma del documento de los «aliadófilos» parece situar a nuestro autor en España; sin embargo durante estos diez años no publica —siempre afirmamos según nuestras limitadas noticias— en España ni libros («Crónicas de Marianela», de 1917, está editada en Buenos Aires) ni artículos de periódico.

En 1918 lo encontramos en San Sebastián, donde firma dos colaboraciones publicadas en «La España» («Las reinas en las guerras», 18-XI-1918, y «La paz y las paces», 21-XI-1918) (12). Al primero de estos artículos precede una nota de la Redacción en la que se dice: «en él (Grandmontagne) dentro de su minúscula humanidad física, hay una sugestiva y fuerte asociación de diversas y fuertes personalidades; en él se reúnen y funden un originalísimo novelista, uno de los más grandes periodistas de lengua española, un competente economista, un político todo pasión y sagacidad, y, como abarcándolo todo, como un común denominador de sus altas cualidades, un escritor magistral, pleno de gracia y movilidad, un dominador de nuestro bravío idioma. Grandmontagne y Manuel Bueno son, después de Larra, los escritores españoles que han traído más elementos de arte al periodismo...».

Los años posteriores a la primera Guerra Mundial marcan la consagración oficial del gran prosista castellano. El día ocho de junio de 1921 se celebraba en su honor la famosa fiesta del Mesón del Segoviano, fiesta que la Prensa de la época nos ayuda a reconstruir (13).

El texto de la tarjeta de invitación estaba redactado en los siguientes términos: «8 junio, 1921. — Mesón del Segoviano. **Cédula** — para el convite — con que un grupo de artistas — independientes agasaja a — **Francisco Grandmontagne** — Embajador intelectual de España en la Argentina. — El día 8 de junio de 1921, a las nueve de la noche en la Posada de San Pedro,

(11) Ver la pág. 158 de MELCHOR FENÁNDEZ ALMAGRO, *Vida y literatura de Valle-Inclán*, Madrid, Taurus, 1966, 225 págs.

(12) El capítulo «En busca de la ex emperatriz de Austria» de *Los inmigrantes prósperos* nos lleva a pensar en un viaje de regreso de América, realizado a raíz del final de la guerra.

(13) Ver *Países de España. Galicia y Navarra*, Buenos Aires, 1922, 160 páginas.

gobernada por Santiago González, el Segoviano; se halla en la Cava Baja, número 28».

Del texto de la convocatoria, que llevaba en exergo una quintilla del «Isidro» lopiano, extractamos el párrafo más relevante sobre la personalidad del homenajeado:

«...Nos honramos colocando de Anfictrión, en cabecera, a don Francisco Grandmontagne, nuestro Adelantado Mayor en las Indias. En él celebramos, ingenio felicísimo, que ha conducido el habla castellana a términos de afluencia, vigor, galanura y donaire, dificultosos de emular; espíritu disertado, que ha sabido elucidar los más contrapuestos negocios en doctrina suavisada y nada árida, inventiva y arte maestra en obras de imaginación; sutilidad y fino concepto en obras de costumbres; fecundidad, jamás fatigada ni fatigosa, del numen, despararrado en gacetas y hojas cotidianas; y, en fin, la edificación en la persona y el dechado de la trayectoria de tal vida, siempre adelante, desde el Viejo al Nuevo Mundo, de añejos principios hacia principios aún no asentados».

Firmaban esta convocatoria Enrique de Mesa, Azorín, Jerónimo Villalba y Ramón Pérez de Ayala.

La fiesta, según la crónica de «El Sol» (9-VI-1921) resultó un éxito total. A ella asistieron, entre otros, Ricardo Baroja, Salaverría, Manuel Blanco, Américo Castro, los Caro Raggio, Gómez Carrillo, Basterra, Juan de la Encina, Díez Canedo, García Martí, Camba, Azaña, Jiménez Fraud, Ramón Gómez de la Serna, Sebastián Miranda, José Félix de Lequerica, Araquistain, Luis de Tapia, Francisco A. de Icaza, García Sanchiz, Negrín, Luis Bello, «La Argentinita», Marcelino Domingo, Marquina, Alfonso Reyes, Manuel Machado, Marañón, Eugenio d'Ors, Blanco Fombona, Marceliano Santamaría, Antonio Machado, Arniches, Juan Ramón Jiménez, Vázquez Díaz. Apostilla el cronista que «durante la cena se comentó el gusto y la propiedad con que había preparado todo...; destacó entre estos vestidos (típicos segovianos) el que presentó Raquel Meller». Se recibieron adhesiones, entre las que cabe destacar las de Ramón y Cajal y Pío Baroja (14). Antonio Machado y Pérez de Ayala leyeron sendos

(14) «Achaques de la edad me impiden asistir al banquete castizo ofrendado por ustedes al insigne maestro Grandmontagne, en quien admiro y celebro, no sólo el ingenio y cultura insuperables, sino el patriotismo enérgico, sincero y viril en contraste con el patriotismo muelle, frío e interesado de la mayoría de nuestros políticos. Deplorando no poder estrechar las manos del fuerte e intrépido abanderado de la cultura y del habla española en América, le saluda a usted afectuosamente, así como a todos los ilustres asistentes al banquete. — Ramón y Cajal.»

Vera del Bidasoa. — Tengo cerca de mi csaa, amigo Azorin, un arroyo que mis vecinos desprecian y ensucian, y que yo limpio siempre que puedo. El contemplan esa vena de agua que viene del monte sin impureza, me

poemas originales en honor de Grandmontagne. El bello poema de Machado es más conocido que la oda de Ayala; evidentemente la calidad lírica del poema de Machado (15) resalta por encima de la «epístola nuncupatoria», poema que en algunos momentos alcanza hondura y emoción:

.....
De puertas afuera
campan y medran los Enricos.
Henos aquí algunos Pablos, de siempre,
de otrora y ahora, hermano Francisco.
Tú nos sirves de ejemplo y dechado;
tú, el misionero y peregrino,
que en sazón emprendiste el éxodo
sin romper con el yermo nativo.
Congratulemos tu retorno.
Sursum corda. Gaudeamus igitur
con esperanza desesperanzada,
alzamos este jarro de vino (16).

La fiesta terminó con un discurso del escritor festejado («España tiene que volver a descubrir América»).

Todos los datos que hemos recogido parecen indicar que a partir de 1921 Grandmontagne instala su residencia definitiva en San Sebastián; y aunque «Paisajes de España» está publicada en Buenos Aires (1922), tenemos que pensar que se trata de crónicas enviadas desde España a «La Prensa» con anterioridad a esta fecha de edición. A partir, pues, de 1921 podemos encontrar con asiduidad sus principales colaboraciones periodísticas en los periódicos madrileños y en «El Pueblo Vasco» de San Sebastián, y es probable que sea en esta ciudad donde redacte su último libro, «Los inmigrantes prósperos», obra publicada en Madrid en 1933.

En San Sebastián, último refugio de su asendereada existencia, muere nuestro escritor de una dolencia de estómago y tras una dolorosa intervención quirúrgica. En el momento de

regocija. Lo mismo en la vida espiritual quisiera ver las corrientes de la cultura claras y diáfanas. A todos los que trabajan en purificar esas aguas de los detritus de nuestra sociedad, turbia y plutocrática; a todos los que hacen de esa obra una religión de probidad y sacrificios; a todos ellos, va mi adhesión incondicional.» — (Pío Baroja).

(15) Ver *Nuevas canciones*, Madrid, Mundo Latino, 1924.

(16) Esta poesía no se encuentra recogida en la primera edición de *El sendero andante* (1921); hay que buscarla en las páginas 61-65 de la edición de Renacimiento.

su muerte residía en el número 31 de la calle Easo; la muerte ocurrió el uno de junio de 1936, el mismo año del fallecimiento de otros dos amigos y contemporáneos suyos, Unamuno y Valle Inclán.

Muchos e importantes son los datos que quedan aún por descubrir y precisar en lo que se refiere a la biografía de Grandmontagne. Pensamos, fundamentalmente, en las fechas de sus viajes a España y América, en sus colaboraciones periodísticas, en la correspondencia que necesariamente mantuvo con las figuras señeras de la cultura española. Los amigos del escritor, su familia, los investigadores tienen que desbrozar mucha camino todavía.

Casi cincuenta años de producción literaria, situada a caballo entre dos siglos y entre épocas de encontrados gustos artísticos, obligan al escritor inteligente a un esforzado proceso de transformación de su estilo literario. Este es el caso de Grandmontagne, escritor autodidacta que, precisamente por tal, vive muy atento a la sensibilidad del medio ambiente, y en el ámbito de éste incluye su permanente proceso de voluntad de estilo. Si tuviéramos que establecer una periodización de su estilo literario, claramente tendríamos que partir su obra en dos etapas; una primera correspondiente a sus obras narrativas más extensas (momentos de juvenil faena literaria en Buenos Aires), y otra que deberíamos relacionar con su vuelta a España a raíz del año 1903 y su exclusiva profesionalización en el campo periodístico. La primera fase cabe englobarla bajo los auspicios de las corrientes naturalistas y en dependencia del patronazgo de don Benito Pérez Galdós; la segunda fase refleja, paulatinamente, los destellos de las llamadas «generación del 98» y «novecentista» y hay que ponerla en relación con el estilo de un Maeztu, de un Azorín o de un Pérez de Ayala.

La segunda etapa de Grandmontagne termina de hecho con las virtualidades potenciales de buen novelista que Valera había previsto en las páginas del «Teodoro Foronda»; ahora bien, estas virtualidades narrativas se van a potenciar en la prosa volandera de sus publicaciones periodísticas, en las que «posee la amenidad y el sentido de dar interés desde sus relatos autobiográficos a los temas de la ganadería pampera» (Valvueda Prat). Muchas de sus notas críticas o de sus «cuadros de costumbres» tienen la agilidad y la tensión narrativa de un buen relato breve —cuento, short story—, y ésto es así no sólo en sus artículos de primeros años de siglo sino en los capítulos de la que podemos considerar su obra final, «Los inmigrantes prósperos».

GRANDMONTAGNE NOVELISTA

El libro «Vivos, tilingos y locos lindos» (1901) (17) puede ser considerado como el punto de inflexión desde una prosa estrictamente novelesca hacia un texto más breve en extensión y más inmediato en su intención y contenido. Se trata de tres estudios de tipología porteña que, en cierta manera, andan cerca del universo de la literatura costumbrista. (No se olvide, a este propósito, que también Larra es por modo fundamental un periodista crítico de prosa ágil y flexible). Las obras de ficción de Grandmontagne son exclusivamente «Teodoro Foronda» y «La Maldonada», aunque algunos comentaristas no suficientemente documentados han pretendido considerar también novela los tres ensayos de «Vivos, tilingos y locos lindos».

Muestra del olvido en que yace nuestro autor es que tanto Luis Alberto Sánchez como Zun Felde no lo citen en sus importantes estudios sobre la novelística hispanoamericana (18). Julio A. Leguizamón dedica unas líneas a la producción novelística de Grandmontagne: «vasco de nacimiento y adaptado al país en el que ejerció con brillo el periodismo, escribió «Teodoro Foronda» (1896) y «La Maldonada» (1898). «Teodoro Foronda» es la novela del inmigrante que triunfa en un país de oportunidad. En «Vivos, tilingos y locos lindos», deja una animada galería de escenas y tipos, tanto de la ciudad como del campo» (19). (El juicio sobre «Vivos...» es reproducido literalmente por Díez Echarri y Roca Franquesa).

La más completa referencia a la faceta novelística del escritor burgalés se encuentra en el libro de Germán García sobre la novela argentina. En este libro, aparte referencias sueltas, se dedica a nuestro autor una sección del capítulo VI («Entre Moreira y Foronda»), es la parte titulada «El galleguito asciende a banquero». Germán García comienza por incidir en el aspecto autobiográfico que comporta esta obra, resume a continuación su argumento (20) y concluye con el siguiente juicio crítico: «la

(17) *Vivo* «es el bajo similor intelectual y moral venciendo al oro puro de las facultades más altas»; *tilingo* el tipo decadente; *loco lindo* —expresión porteña frecuentemente repetida por Grandmontagne— significa el muchacho a la moda, el *dandy* o pollo pera.

(18) LUIS ALBERTO SÁNCHEZ, *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, Madrid, Gredos, 1953, 664 págs. ALBERTO ZUN FELDE, *La narrativa en Hispanoamérica*, Madrid, Aguilar, 1964, 379 págs.

(19) JULIO A. LEGUIZAMÓN, *Historia de la literatura hispanoamericana*, Buenos Aires, Editoriales Reunidas, S. A., 1945, 2 vols.

(20) GERMÁN GARCÍA, *La novela argentina. Un itinerario*, Buenos Aires, ed. Sudamericana, 1952, 317 págs.

obra está escrita con agilidad y la influencia de autores españoles, Pereda en primer término, se evidencia de continuo. La fluidez se diluye a veces en divagación y se incluye buena dosis de crónica, de la que no podía desprenderse Grandmontagne, periodista intuitivo».

De «Teodoro Foronda», aparte los seis primeros capítulos incluidos en «Una gran potencia en esbozo» (1943), hemos podido localizar dos ejemplares, uno incompleto en la biblioteca de Unamuno y otro completo en la de la Rael Academia. Este último procede de la biblioteca de Tamayo y Baus, pues lleva la siguiente dedicatoria, «Al primer dramaturgo contemporáneo, don Manuel Tamayo y Baus; gloria imperecedera del teatro español, su admirador entusiasta. Francisco Grandmontagne. Buenos Aires, marzo, 10-97» (21).

La técnica empleada en esta novela reproduce el modo de construcción prototípico del naturalismo: progreso lineal de la acción, interrumpida por frecuentes excursos especulativos, amplios remansos en el curso de los acontecimientos que, inesperadamente, se precipitan en un ritmo apresurado; todo ello está visto por un narrador omnisciente y omnipresente que presta especial atención al colorido del lenguaje local, a las descripciones detalladas y a las caracterizaciones físico-psicológicas de los personajes (22).

De «La Maldonada», novela que desafortunadamente no hemos podido encontrar, dice Germán García: «es una continuación cronológica (del «Teodoro») más que de argumento o personajes, ya que de aquella no intervienen sino ambos hijos del pinariego... Hay caracteres femeninos delicados, como el de la Maldonada... Como eje de todo esto, la Revolución, culminación de una época. Como arquitectura literaria, «La Maldonada» está por encima de «Teodoro Foronda». Hay mayor agilidad en el relato, más variedad de personajes y sobre todo tipos femeninos ausentes de la primera novela, que había de ser así porque el inmigrante venía solo...».

(21) En el ejemplar de la biblioteca de Unamuno se conserva un papel de puño y letra de don Miguel en el que éste resume en forma de notas a vuelo pluma su impresión de la novela; el papel dice lo siguiente: «Es autor se mete en observaciones a prisa de humorista I (9) y en digresiones de filosofía casera. Párrafos largos. Oreja anticlerical. No poco es de batalla, I (13). Alusiones a personajes argentinos».

(22) En pocas palabras, se puede sintetizar como un procesamiento de *desclasamiento* ejemplificado en la tensión paterno-filial que opone al inmigrante enriquecido con sus hijos —segunda generación de inmigrantes— ya «educados» y ajustados al marco del nuevo país.

GRANDMONTAGNE Y LA GENERACION DEL 98»

Motivaciones ideológicas y un **parti pris** tomado apriorísticamente han condicionado en gran medida una buena parte de la discusión que en años cercanos se ha originado a propósito de la interpretación del grupo literario conocido como la «generación del 98». El libro de Luis Granjel, «Panorama de la generación del 98», elaborado con devoción hacia los autores y con profunda erudición de los hechos históricos y literarios, es hoy la más completa puesta a punto del estado de la cuestión; el trabajo de Luis Granjel es probable que cierre brillantemente una etapa bibliográfica sobre el noventayochismo por cuanto tiene de matización equilibrada y de aquietador de posturas encrespadas. La bibliografía más reciente —Tierno Galván, Pérez de la Dehesa, Inman Fox, Blanco Aguinaga...— busca otras plataformas de planteamiento que las habitualmente tenidas en cuenta y, sobre todo, emplea diverso utillaje metodológico del que caracteriza a la bibliografía anterior entreverada de vivencia personal y de pasión de partido.

Como se decía al comienzo de este trabajo, la actual erudición sobre el noventayochismo trabaja en el alzado exacto del edificio cultural español finisecular (exhumación de autores olvidados, reedición de textos ya desconocidos, subrayado de acontecimientos socio-económicos irrelevantes para la historiografía al uso), pero también intenta, en una ampliación del objetivo de su enfoque, una interpretación dialéctica de aquellos acontecimientos literarios.

El concepto historiográfico de «generación», elaborado por Dilthey y traspuesto por Petersen al campo de los estudios literarios (véase el libro colectivo «Filosofía de la Literatura»), ha tenido en España una amplia acogida gracias a la utilización que hizo de él Ortega en diversas fases de su obra (los dos trabajos sobre el tema escritos con mayor voluntad teórica son obra de intelectuales adscritos al círculo orteguiano) (23). Más, a pesar del éxito de su carrera bibliográfica, los flancos débiles del método generacional quedan al descubierto cuando se ve empíricamente constreñido a precisar los excipientes cronológicos aglutinadores de cada generación; llegado ese momento, el método generacional se produce como un rígido mecanismo biológico, aséptico y sumamente esquematizador, que ha olvidado que lo decisivo no son las fechas de nacimiento de los hombres sino los «acontecimientos» vividos por esos hombres.

(23) JULIÁN MARÍAS, *El método histórico de las generaciones* y PEDRO LAÍN ENTRALGO, *Las generaciones en la historia*, 1945.

abc En el caso de la «generación del 98» las dificultades del método se agravan con el hecho constatado por los mismos usuarios del esquema generacional que supone la convivencia en el tiempo y en el espacio (incluso en el espacio impreso de los periódicos y las revistas) de dos tendencias literarias muy poco coincidentes: el «Modernismo» y el «Noventayochismo». Ante esa variante subversiva los tratadistas elaboran sutiles distinciones —a vía de modelo ejemplar, véase el importante libro de Guillermo Díaz-Plaja «Modernismo frente a Noventa y Ocho»— satisfactorias desde una perspectiva de eficacia pedagógica, pero no tanto desde el contexto anti-convencional de los acontecimientos en sí. En última instancia, el problema de la «clasificación» de los autores se resuelve en una cuestión de laboratorio doméstico: «la diferencia es pura cuestión de posología, en tal autor la dosis 98 predominará notablemente sobre la modernista, en otro sucederá a la inversa». (Salinas).

sb La función adjetiva que los «acontecimientos» prestan a la elaboración del método generacional da como resultado una visión selectiva del acontecer literario, una supervaloración de las crestas dominantes y un oscurecimiento del subsuelo en que esas cumbres tienen su asiento, es decir, un eclipse de los escritores «menores» que también con su esfuerzo cotidiano levantaron el edificio en que todos, primeras figuras y **segundones**, se albergaron. Por otra parte, si la naciente «sociología de la literatura» puede arrojar alguna luz en la explicación de los hechos literarios, ésta debe proyectarse sobre perfiles desatendidos en la metodología generacional, ya que por debajo de unos hombres, unos acontecimientos y unas fechas, corre la compleja red del entramado social (niveles económicos, intereses de grupo, ideología de clase), infraestructura del tiempo real vivido por los escritores secundarios y por las mentes originales y sobre la que éstas últimas, singularmente, aplicaron la acción de su obra individual y creadora. Resulta, pues, curioso que en estudios sobre un momento histórico —el 98— de intenso cambio social hayan sido marginados hechos económico-sociales de primera magnitud: la procedencia social de los escritores, su incidencia en la conciencia burguesa de la época, las condiciones materiales en que desarrollaron su actividad literaria (ingresos económicos), vinculación personal y de grupo a los nuevos fenómenos socio-económicos que aparecen en el horizonte español, la evolución ético-política de su pensamiento y su acción. Estos problemas anotados no son sino una sumaria relación de las cuestiones por donde la joven crítica actual toma el pulso a la significación sociológica de los grandes autores del 98.

Dejando por ahora de lado, en una utilitaria finta al modo cartesiano, la problemática implícita en este replanteamiento de los presupuestos metodológicos que sustentan el universo de concepto «generación del 98», nos formulamos a niveles más modestos de lo que en el título de estas líneas se presentaba como enunciado descriptivo, la pertenencia de Grandmontagne a la generación noventayochista.

En los estudios fundamentales sobre el tema —Jeschke, Salinas, Lain, Granjel, Torrente Ballester en su «Panorama de la literatura española contemporánea»— no aparece mencionado, dato que en todo caso argüiría contra el principio de selectividad que opera en todo trabajo general y de conjunto. Si aplicásemos a nuestro autor las principales pruebas testimoniales de noventayochismo —coincidencia cronológica, acontecimiento, generacional, guía y mentor, estilo— que esgrime Díaz-Plaja, tendríamos que admitir su pertenencia al citado grupo. Más fuerza tiene para nosotros la personal opinión de Grandmontagne (24) sobre la generación noventayochista por la que manifiesta en momentos diferentes una profunda admiración basada en el singular destino de ésta en el orden del renacimiento de la conciencia nacional. Igual admiración siente por la «generación novecentista («al grupo del 98 ha seguido otro, iniciado diez años más tarde, que llega a la vista de las letras y del pensamiento con no menos fuerza que el anterior»).

Una clara zona de coincidencia de Grandmontagne con los autores del 98 es el **corpus** de las lecturas comunes y la nómina de los escritores que les sirven de pauta modélica. Una de las más inmediatas observaciones que depara la lectura de los trabajos de Grandmontagne radica en la constación del anchísimo panorama de conocimientos de todo orden que poseía. Descontando los escritores argentinos y españoles contemporáneos —al fin y al cabo, elementos habituales de su **entourage** de periodista laborioso —el índice de temas y lecturas no disminuye en extensión y variedad: clásicos griegos, latinos y castellanos (Aristóteles, Gracián, Cervantes, Quevedo, Jovellanos...), historiadores de España y de América (Mariana, Vicente de la Fuente, Ovalle, Barros Arana, V. Fidel López...), clásicos del pensamiento económico y social (Hume, Malthus...), escritores franceses (Hugo, Loti, Rostand, Anatole France...), ensayistas anglosajones (Macaulay, Emerson...), escritores vascongados (Azcúe, Iparraguirre) y, especialmente, los **dioses penates** de

(24) Véanse los artículos «La acción externa de España» y «Un regenerador español y la *Presentación* de Azorín en «La Prensa» de Buenos Aires, reproducida en Azorín, *Sin perder los estribos*, Madrid, Taurus.

los jóvenes escritores de principios del siglo XIX: Nietzsche y Schopenhauer. Las referencias a estos autores son muy frecuentes a lo largo de su obra (25).

La temática desarrollada por Grandmontagne, a tenor de sus lecturas y de la sensibilidad epocal por él seriamente vivida, abarca las más diversas cuestiones, política, económica, histórica, crítica literaria, descripciones de ambientes, tipos y paisajes, polémica ideológica, interpretación en profundidad de la esencia de los caracteres nacionales. A este último tipo de especulación —a medio camino entre la observación cavilosa y la mitología irracionalista— dedica Grandmontagne una considerable porción de sus reflexiones. Si a lo largo y a lo ancho de su obra puede detectarse una continua penetración de elementos autobiográficos, este «centaurismo» se proyecta con énfasis singular desde la raíz de telúrica de su cuna —raza y región vascongadas— hacia el contexto ecuménico de lo hispánico (Castilla, España, Argentina e Hispanoamérica).

El tema vascongado —abonado con una sabia erudición— resuena en sus páginas como un armónico fundamental de su existencia (26). Del mismo modo, el tema del progreso argentino y el canto encendido al país generoso que enriquece con magnanimidad a los emigrantes que acuden a él en busca de trabajo y fortuna (27). La emigración transfigurada en motivo literario dibuja una inflexión personalísima en la obra de Grandmontagne; el muchacho de ascendencia proletario-rural —en discrepancia con el origen netamente burgués de la mayor parte de los noventayochistas— que, a golpes de duro trabajo

(25) «Francisco Grandmontagne debió de profesar cierta devoción a Nietzsche en su juventud, pues reseñando su libro *Vivos, tilingos y locos lindos* (1901), afirmaba Unamuno que las preferencias del autor eran Schopenhauer, Nietzsche, Carlyle, Juan Pablo, Gracian y Ganivet. Nos ha sido imposible localizar esa ni otras obras de Grandmontagne... Conocemos sólo un artículo de la revista «España», que demuestra la ironía con que, al terminar la guerra mundial primera, contemplaba Grandmontagne los símbolos de la voluntad y del poder», GONZALO SOBEJANO, páginas 476 y 477 de *Nietzsche en España*. Madrid., Gredos, 1967.

(26) No se olvide que dirigió en Buenos Aires, durante nueve años —diez confiesa él mismo en «Iparraguirre en América» de *Los inmigrantes*— «La Vasconia», revista que fundó con José R. de Uriarte y en la que publicó «numerosas biografías y semblanzas de personalidades salientes del País Vasco. (SÁENZ HAYES.)

(27) Véase *Origen del progreso argentino. Una gran potencia en esbozo*, Madrid, 1928, 61 págs.; colección de artículos publicados en «El Sol» y editados como folleto por la empresa del periódico, porque (son palabras de la nota introductoria) «trabajo de tal importancia merecía, a nuestro parecer, conservarse en un folleto para que pudiesen nuestros productores y exportadores, nuestros Circulos Mercantiles, nuestras Cámaras de Comercio, cuantos, en fin, están interesados en la economía hispano-americana, conocer el gran país...».

cotidiano, adquiere una fortuna (intelectual en su caso, económica en el de sus personajes) en el lejano país, ausente de su patria, es un recio e intenso *leit-motiv* de su carrera literaria. La emigración triunfante, vista desde el prisma de la madura melancolía, es el tema central de «Los inmigrantes prósperos», tema elaborado con exceso de buena retórica literaria, pero transido de la emoción personal del hombre que traspone al papel los más hondos momentos de su experiencia juvenil.

El tema de España no podía faltar en un escritor cercano al «98». Hoy queda fuera de discusión la gravedad moral con que el tema nacional fue enfocado por la crítica noventayochista, pero sorprende en Grandmontagne, que en contraposición con el tono predominantemente acre de los escritores peninsulares, su talante crítico enfoque el problema de España desde posturas más *distanciadas* o más optimistas y favorables a la explicación de la decadencia española. El libro «Paisajes de España. Galicia y Navarra» (1922) es sumamente aleccionador en cuanto al sentido nacional e hispánico de nuestro autor. El prólogo del doctor Mariano Sáenz constata la condición hispánica de Grandmontagne (28) de la que emerge, precisamente en las páginas de esta obra, su honda preocupación por los problemas nacionales, preocupación entreverada de brillantes generalizaciones divagatorias —«El origen de la morriña», «Carácter de la raza. El espíritu lírico»— y cuidadoso interés por los problemas de índole político-técnica —«El futuro puerto de Vigo», «La Coruña o el Madrid marítimo», «Los bosques pirinaicos»—.

El transfondo problemático que la mirada de Grandmontagne descubre por las tierras españolas queda sofocado por un cendal de poetización cuando enfoca su objetivo en las tierras castellanas —Avila, Soria, Burgoss—. La Castilla grandmontagnesca parece un bello grabado sacado de una hermosa edición decimonónica; el pasaje se reduce a su función tectónica, los personajes históricos se agrandan con dimensiones legendarias, todo queda suspendido en la redondez de la pequeña anécdota, que el periodista, con arte singular, está narrando a sus lectores. Al hablarnos de Avila se descubre como un fervoroso lector de Larreta, y cuando habla de Burgos, taracea con los más sutiles recursos del periodismo los hechos leídos en las páginas de Albarellos.

(28) «...ha de tenerse presente que para exaltar los méritos de esta obra hallándose reunidas en el mismo escritor a sus cualidades de tal, ya bien acreditadas desde la publicación de *La Maldonada* y *Teodoro Fonda*, las circunstancias de ser él un hijo de España...».

EL ESTILO DE GRANDMONTAGNE

Queda fuera de los límites de este trabajo una pormenorizada atención a las peculiaridades estilísticas del prosista burgalés, cuya lectura produce la impresión de hallarnos ante un artífice del lenguaje. El estudio en profundidad del estilo de Grandmontagne pide una completa sistematización de la temática por él desarrollada, sistematización que muy pobremente acabamos de sugerir. La hipótesis temas-estilo daría como precipitado, probablemente, la figura de un escritor adelantado en la forja del castellano culto contemporáneo; pero esto último no es sino una hipótesis a falta de comprobación, aquí nos limitaremos a sintetizar en unas líneas las impresiones más amplias que nos ha producido su andadura estilística.

La primera constatación que nos surge al paso, ya lo anotábamos más arriba, es la distinción entre las dos etapas del escritor; la primera —la etapa «novelística»— dejará como huella en la segunda la capacidad para narrar; la segunda época, a nuestro parecer, es la eclosión del prosista elegante al que hay que poner en relación con el estilo de Ramón Pérez de Ayala.

El sentido de la autocrítica y de la ironía aparece en «Teodoro Foronda», en cuya final, el autor-narrador, adoptando una postura **distanciada** de su propia obra, vuelve la burla contra sí mismo: «así deben terminar las malas novelas, como ésta, con una silba general y estrepitosa. Y no olviden mis muchos colegas en malas mañas, que con estos silbatos nos llamará Dios el día del Juicio..., porque para nosotros..., ¡qué esperanza!..., no habrá trompetistas»; el comentario sardónico surge a cada paso como ampliación marginal del caudal de la línea expositiva (29); también es frecuente la auto-ironización basada en la incongruencia entre su campanudo apellido y la escasa dimensión de su humanidad física; incluso la velada sugerencia o el encrespamiento del tema polémico se presentan decantados con un elegante poso de inteligencia y finura mental. También la emotividad juega un papel relevante en el andamiaje de su estilo, a esta motivación obedece, sin duda, la continua intrusión del elemento autobiográfico o la visión magnificada del hecho emigratorio.

Si quisiéramos fijar las coordenadas de la lengua de Grand-

(29) Algunos comentarios incidentales: «la poca civilización es más peligrosa que la fiereza integral»; «mientras el conquistador (español) anduvo a pie, el indio apenas le hizo caso; sólo se aterró cuando vio que tenía tanto de animal como de persona».

montagne, la primera tarea sería la anotación de las peculiaridades de su habla. Hemos podido comprobar que nuestro autor adopta rasgos característicos de la fonética castellana, como son el seseo y el yeísmo. En una de las cartas a Galdós encontramos escrito de la mano del propio autor *farza* (por *farsa*) y en dos ocasiones registramos —en el «Teodoro Foronda»— la forma *silicio* (por *cilicio*); en esta misma novela, el habla de los gauchos es transcrita con eliminación total de la grafía «ll» (este rasgo consiste en dato de ambientación local). Mucho interés, desde el punto de vista del vocabulario, tiene el frecuente uso de términos locales o pertenecientes al área común del español vulgar. La correcta conciencia lingüística de Grandmontagne encuentra expresivos términos, habituales en el habla criolla, poco frecuentes en el habla de la Península; en ocasiones la Real Academia de la Lengua es la destinataria de sus sugerencias lexicográficas (véanse los trabajos «Guitarreros y guitarristas» y «El éxodo de los casheros») (30) o de comentarios volanderos en los que se reprocha a esta institución de insuficiente agilidad en el desempeño de su misión. De un modo especial llama la atención, y éste es rasgo característico de su estilo personal, su notable capacidad para imitar el léxico y la sintaxis de las hablas regionales españolas (véase el cuadro entre costumbrista y asainetado «Chistus y gaitas o el regionalismo de los emigrados»).

La riqueza léxica de la prosa de Grandmontagne no se limita al reflejo de las hablas populares y dialectales, puesto que con mayor exuberancia despliega un variadísimo repertorio terminológico en el que creemos ver un predominio de sustantivos con significación intelectual reservados al uso del hispanohablante cultivado; como contrapunto a este predominio de lo intelectual emplea —en la línea de los recursos estilísticos de Ortega— términos castizos o achulados.

En este punto de las generalizaciones sobre el estilo de Grandmontagne concluimos nuestro trabajo; trabajo inacabado que exige estudios posteriores más profundos y monográficos, que pide ampliaciones importantes en sus muchos aspectos incompletos o ligeramente apuntados. El interés intrínseco del escritor burgalés ha de originar —esperamos— una rica bibliografía en ese sentido.

(30) A propósito de la palabra «bolada» (No incluida aún en la edición del Diccionario académico) escribe en *Teodoro Foronda*: «Don Ricardo Palma... ha pretendido sea aceptado dicho término por la Academia Española, en el figurado sentido que entre nosotros tiene. Parece que entre los inmortales españoles que más se opusieron a la admisión de esta maravilla lingüística fue don Emilio Castelar» (cap. IX de la primera parte).

BIBLIOGRAFIA

Difícil tarea resulta ser la confección de la bibliografía de un autor que, como Grandmontagne, tiene su magna opus generosamente desparramada entre las páginas de las publicaciones periódicos de ambas riberas del Atlántico. Se precisa en primer lugar una sistemática papelitización de los artículos publicados en los periódicos y revistas correspondientes a los años en los que nuestro autor ejerció su fecunda tarea periodística. Una importante aproximación a este colosal tipo de trabajo es el realizado por el Seminario de Bibliografía Hispánica de la Facultad de Letras de Madrid; de los fondos de dicho seminario proceden varias fichas de las aquí reproducidas. Pero, además, la bibliografía de Grandmontagne topa con otra grave dificultad como es la rareza de alguna de sus obras de las que no se encuentran ejemplares en importantes bibliotecas públicas por mí consultadas (de Unamuno, en la Universidad de Salamanca; Nacional de Madrid y también en Madrid la del Ateneo, de la Real Academia de la Lengua, de la Facultad de Letras y su Seminario de Literatura Hispanoamericana, del Instituto de Cultura Hispánica y la varias del C.S.I.C.).

Damos a continuación la ficha bibliográfica con los datos más completos que he podido allegar; de los libros localizados en alguna biblioteca se da también su signatura topográfica, de los no consultados se reproducen datos tomados de repertorios u otros trabajos.

I. --- LIBROS.

- «Teodoro Foronda. (Evoluciones de la sociedad argentina)». Buenos Aires. Tipografía «La Vasconia», 1896; tomo I, 323 páginas; tomo II, 315 págs. (Real Academia de la Lengua, 20-X-57 y 58; Unamuno, 4456). Otra edición, 1903.
- «La Maldonada (Costumbres criollas)». Buenos Aires, Imprenta Artística, 1898.
- «Vivos, tilingos y locos lindos». Casa editora Revista Nacional, Buenos Aires, 1901.
- «El Avión», drama (sin ninguna referencia bibliográfica; ver carta de Grandmontagne a Galdós, de junio, 12, 1902), en Sebastián de la Nuez y José Schraibman, «Cartas del Archivo de Pérez Galdós».
- «El utraproteccionismo en España», 1908 (citado en página 61 de «Origen del progreso argentino», 1928).

- «Crónica de Marianela». Montmasar y Cía., editor, Buenos Aires, 1917.
- «Paisajes de España. Galicia y Navarra». Prólogo del doctor Mario Sáenz; Buenos Aires, 1922; 160 páginas. (Ateneo 1708/F-10).
- «Origen del progreso argentino. Una gran potencia en esbozo». Madrid, Diana Artes Gráficas, 1928, 61 págs. (Bib. Nacional, V/C2658-34).
- «Los inmigrantes prósperos». Madrid, Bolaños y Aguilar, 1933. (Instituto de Cultura Hispánica, Biblioteca). Hay una edición con nota preliminar de F(ederico) S(ainz) R(obles), en Madrid, Aguilar, Colec. Crisol, núm. 40, 1959, 467 págs.
- «Una gran potencia en esbozo». Buenos Aires, Sociedad Española de Validación Argentina, Institución Cultural Española, 1943, 197 págs. (Bib. Nacional, H-A/20936).
- «Páginas Escogidas 1920-1935». Prólogo de Ricardo Sáenz Hayes; Madrid, Aguilar, 1966, 509 págs.
- «Pequeños aforismos acerca de los diarios de opinión y la opinión de los diarios» (citado por Valbuena Prat).

II. --- PROLOGOS.

- Salvador de la Fosa. «El ojo clínico. (Segunda edición de «Lecciones de alta clínica»). Conferencia inaugural por el doctor don Salvador de la Fosa. Puesta en décimas castellanas por Benigno Bravo y aumentada con un introito de Francisco de Grandmontagne». Buenos Aires. Talleres de Jacobo Penser, 1915, 189 págs. XIX. (Unamuno 4403). (Con dedicatoria del autor).
- Azorín. «Sin perder los estribos»; selección de J. García Mercadal, presentación de Azorín por Francisco Grandmontagne. Madrid, Taurus, 1958, 149 págs.

III. --- ARTICULOS.

- «Galdós dramaturgo», en «Electra», núm. 4. (6 abril 1901).
- «La confraternidad hispano-argentina», en «Nuestro Tiempo», núm. 9, septiembre 1901.
- «Recuerdo de la Pampa. El novillo de Martín Fierro», en «El Imparcial» (25-VII-1906).
- «La emigración de la tía Marañoña», en «El Imparcial», (4-II-1907).
- «Los Gobiernos y el capitalismo», en «El Imparcial» (24 julio 1907).

- «Los estados unidos españoles», en «El Imparcial» (1 noviembre 1907).
- «Las tías de Indias», en «El Imparcial» (16-X-1907).
- «El proteccionismo por dentro», en «El Imparcial» (17 mayo 1908).
- «¿Oro sevillano?», en «El Imparcial» (28-VII-1908):
- «El Dandy de hierro», en «El Imparcial» (10-III-1908).
- «El desarraigado», en «El Imparcial» (12-IV-1909).
- «La pasa de las torcaces», en «El Imparcial» (3-I-1910).
- «Roldán en el Ateneo», en «El Imparcial» (29-I-1910).
- «Los nuevos kioskos», en «El Imparcial» (20-V-1910).
- «Paco en mayo», en «El Imparcial» (24-I-1910).
- «La inmortalidad en las Pampas», en «El Imparcial» (19 agosto 1918).
- «Las reinas en las guerras», en «La España», núm. 188, páginas 5 y 6 (14-XI-1918).
- «La paz y las paces», en «La España», núm. 189, págs. 4 y 5 (21-XI-1918).
- «España tiene que volver a descubrir América», en «El Sol» (9-VI-1921).
- «El auge de América y la decadencia de España», reproducido por Antonio Alonso en «Antología de ensayos españoles», Boston, 1936 (págs. 122-130).

IV. --- TRABAJOS SOBRE EL AUTOR.

- Valera, Juan, artículo en «El Correo de España», Buenos Aires (18-IV-1897).
- Unamuno, Miguel de (crítica a «Vivos, tilingos y locos lindos»), en «La Lectura», año II, 1902, tomo I, págs. 125-129.
- Página de «El Sol» (9-VI-1921).
- Rojas, Ricardo, en «La literatura argentina», tomo VIII, página 632, 2.^a edic. Buenos Aires, 1925.
- Jarnés, Benjamín, «Grandmontagne ha muerto. El emigrante fracasado», en «El Sol» (2-VI-1936).
- Leguizamón, Julio A., en «Historia de la Literatura Hispanoamericana», págs. 467, tomo II; Buenos Aires, Editoriales Reunidas, 1945, 2 vols.
- García, Germán, en «La novela argentina. Un itinerario (varias referencias, especialmente vid., cap. VI. «Entre Moreira y Foronda»); Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1952, 317 páginas.
- Díez-Echarri y Roca Franquesa, en «Historia General de la

- «Literatura Española e Hispanoamericana», págs. 1129-30, Madrid, Aguilar, 1960, 1590 págs.
- Manzanares, Alejandro, «En torno a Grandmontagne», en «Boletín de la Institución Fernán González», año XLV, número 166, primer semestre 1966.
- Salgado Espinosa, Jesús, «Burgos rinde homenaje al escritor y periodista Francisco Grandmontagne en su pueblo natal, Barbadillo de Herreros», en «ABC» (26-XII-1966).
- Sebastián de la Nuez y José Schraibman, «Cartas del Archivo de Pérez Galdós» (págs. 265-274), Madrid, Taurus, 1967, 381 págs.
- Torre, Guillermo de, «Grandmontagne, un noventaiochista recuperado», págs. 198-201 de «Al pie de las Letras», Buenos Aires, Losada, 1967, 244 págs.
- Valbuena Prat, Angel, «Grandmontagne o el crítico y el periodista en América», págs. 187-188 del capítulo general «Modernismo y generación del 98 en la Literatura española», en el tomo VI de la «Historia General de las Literaturas Hispánicas», Barcelona, Barna, 1967, 800 págs.

Leonardo ROMERO TOBAR